

Las leyes augusteas sobre manumisión

Pedro López Barja de Quiroga

Citer ce document / Cite this document :

López Barja de Quiroga Pedro. Las leyes augusteas sobre manumisión. In: La fin du statut servile ? Affranchissement, libération, abolition. Volume I. Besançon 15-17 décembre 2005. Besançon : Presses Universitaires de Franche-Comté, 2008. pp. 219-227. (Actes des colloques du Groupe de recherche sur l'esclavage dans l'antiquité, 30-1);

https://www.persee.fr/doc/girea_0000-0000_2008_act_30_1_1036

Fichier pdf généré le 13/09/2018

Las leyes augusteas sobre manumisión

Pedro LÓPEZ BARJA DE QUIROGA - Univ. de Santiago de Compostela

Las tres leyes más importantes sobre la manumisión de esclavos se aprobaron en época de Augusto si bien el príncipe no fue autor de ninguna de ellas, a diferencia de las relativas a la familia y contra el adulterio, las célebres leyes Julias del año 18 a.C. La más ambiciosa de todas es la ley Elia Sencia, del año 4 d.C., que debía de ser larga puesto que regulaba muchos aspectos y muy diversos. Dispuso, entre otras cosas, que el esclavo menor de treinta años o aquel que fuese de la propiedad bonitaria (no quiritaria) de su dueño, al ser manumitido, no recibiese la ciudadanía romana sino la latinidad. Prohibió también que el dueño menor de 20 años concediese la libertad a ninguno de sus esclavos salvo justa causa y determinó varias cuestiones referidas a las obligaciones de *operae* que algunos libertos tenían hacia sus patronos. La segunda ley, Fufia Caninia, seis años anterior a la Elia Sencia (año 2 a.C.), dispuso que el dueño, en su testamento, no pudiera manumitir más de una proporción variable según el número de esclavos que poseyese y nunca más de cien. La tercera es la misteriosa ley Junia, a la que Justiniano apellida Norbana y por tanto, nos mueve a situarla en época de Tiberio. Sin embargo, opino, como la mayor parte de los historiadores, que esta ley Junia debe necesariamente ser anterior a la ley Elia Sencia. Tal vez fuese una ley tribunicia o bien fue propuesta, como la *lex Quinctia* (9 a.C.), por uno solo de los cónsules¹. En este último caso, debemos, a mi entender, aceptar que Justiniano pudo equivocarse al añadirle, como segundo nombre, el de Norbana y que la fecha de su aprobación no es fácil de determinar porque hay varios cónsules Junios como candidatos, por ejemplo, en el 25 y en el 17 a.C., sin contar los tribunos de la plebe. Si, por un lado, la ley ha de ser anterior al 2 a.C., por otro tiene que ser posterior al año 44 a.C. porque en esa fecha Cicerón afirma categóricamente que quien no ha sido manumitido por uno de los modos civiles, no es libre². Esta ley Junia establecía, precisamente, que el esclavo manumitido por un procedimiento distinto de los tres tradicionalmente disponibles, a saber, *uindicta*, *censu*, *testamento*,

¹ Sobre la *lex Quinctia* cf. M.H. Crawford ed. *Roman Statutes*, Londres, 1996, vol. II, nº 63.

² Cic. *Topica* 2.10.

fuese libre y se convirtiese, no en ciudadano romano, sino en latino. Por haberlo dispuesto una ley Junia, tales latinos recibieron en el futuro el apelativo de "junianos".

En este artículo no nos vamos a ocupar de la ley Fufia Caninia porque considero que, pese a lo que pueda parecer al ver su contenido, en realidad no intentaba resolver los problemas que la manumisión planteaba, sino atajar la excesiva generosidad de algunos a la hora de hacer testamento. Los límites que impone, tan claros y terminantes, sólo se refieren a la manumisión practicada en el testamento, dejando en pie los demás modos, y por ello creo que esta ley viene a ser una continuación de la Falcidia, del año 41 a.C.³ Como es sabido, según la ley Falcidia, el testador sólo podía disponer mediante legados de, como máximo, las tres cuartas partes de la herencia. Con ello se pretendía evitar que los herederos nominales se encontraran, en la práctica, desheredados por vía de legados testamentarios; como mínimo recibirían la cuarta parte, denominada por esa razón *quarta Falcidia*. Con la ley Fufia Caninia la situación es similar: naturalmente, la manumisión de esclavos no quedaba cubierta por la ley Falcidia de manera que el testador podía, si así lo deseaba, liberar a todos sus esclavos en un acto de generosidad que a él no le perjudicaba en nada, pero sí, en cambio, a sus herederos. A partir de la ley Fufia Caninia, éstos últimos se encontraron mucho más protegidos porque se les garantizaba que habrían de recibir la propiedad sobre la mayoría de los esclavos. En otras palabras, la ley Fufia Caninia pretendía proteger los intereses de los herederos, no limitar el número de manumisiones. Otra cosa es que sucediera también esto último, como consecuencia directa de la aplicación de la ley.

La manumisión llamada informal, que tal vez deberíamos denominar *minus iusta* en oposición a los modos civiles de la vindicta, el censo y el testamento⁴, fue fuente de numerosos problemas y tensiones sociales. No hay duda de que era un acto nulo de pleno derecho, que el dueño podía revocar a su antojo, sometiendo de nuevo a su potestad a quienes tal vez llevaran años gozando de su libertad precaria. Aunque evidentemente carecemos de cifras, debía de tratarse de una situación frecuente, porque en Italia, fuera de Roma, no era sencillo encontrar un magistrado *cum imperio* ante el que proceder a la manumisión formal del esclavo, puesto que la practicada ante los magistrados municipales, hasta donde sabemos, probablemente no tenía la consideración de una manumisión vindicta. Incluso en la propia Roma podemos imaginar que muchos prefirieron otorgar una libertad meramente de hecho, con la que se evitaban el pago de la *uicesima manumissionis* y que podían revocar posteriormente, al menos hasta el momento en que el pretor decidió intervenir y proteger a alguno de estos *morantes in libertate* como los llama Gayo. No sabemos cuándo se produjo este cambio en la actitud del pretor, pero es verosímil que fuese en los años 60 ó 50 a.C. El testimonio de las fuentes jurídicas (Gayo, el llamado Dositeo y el pseudo-Ulpiano) hace pensar que no transcurrió mucho tiempo entre la intervención pretoria y la ley Junia.

Los políticos *populares* habían intentado en reiteradas ocasiones equiparar el voto de los libertos al de los ciudadanos romanos ingenuos incluyendo a los primeros en todas las tribus, pero la resistencia de los *optimates* logró recluirllos únicamente en las

³ Para la datación de la ley Falcidia, que depende de Dion Casio 48.33.5 y Jerónimo, *Chron. ad ann.* 42: 152 Helm, véase T. Broughton, *The Magistrates of the Roman Republic*, Nueva York, 1952, vol. II: 372 y G. Nicolini, *I Fasti dei tribuna della plebe*, Milán 1934, que muestra que el decreto del año 40 a.C. aludido en Apiano, *Guerra civil* 5.67 no se refiere a la ley Falcidia, sino que más bien la presupone. G. Rotondi, *Leges publicae populi Romani*, Milán 1912: 438, sin embargo, opta por el año 40 a.C.

⁴ Cf. la *iusta ac legitima manumissio* de Gayo *Inst.* 1.17.

cuatro urbanas. Cicerón, tal vez de un modo algo exagerado, dice que de no haberse hecho así, la *res publica* habría desaparecido. Hasta tal punto consideraba él importante la cuestión del voto de los libertos⁵. También los *morantes in libertate* fueron un arma arrojadiza en el caldeado ambiente de finales de la República. Clodio probablemente quería, de haber llegado a la pretura, presentar una ley que de algún modo confirmase y diese validez a su precaria libertad. Su muerte a manos de Milón, en enero del 52, lo impidió, pero entre las leyes ya preparadas que había en su casa Cicerón menciona una que hubiese convertido, dice el arpinate "a nuestros esclavos en libertos suyos" (*Pro Milone* 89). La solución definitiva a este problema la dio, como vimos, la ley Junia al hacer irrevocable su libertad confiriéndoles la condición de latinos.

Tenemos un testimonio tal vez relativo a esta situación anterior a la aprobación de la ley Junia, un testimonio ciertamente escurridizo y problemático, en el que deberemos detenernos un instante : la primera Égloga de Virgilio, escrita hacia el año 40 a.C.⁶ Nos presenta el diálogo entre dos pastores Títiro y Melibeo. Títiro, al cabo de largos años, ha ahorrado de su peculio lo suficiente para ganar su libertad, pero, según du Quesnay, ha tenido que ir a Roma para conseguirla, en lugar de obtenerla en el lugar donde vive, que no se nos dice cuál es, pero claramente es un lugar remoto, en el campo, cerca de una ciudad poco importante. Allí debía de ser muy difícil hallar a un magistrado *cum imperio* ante el que proceder a una manumisión *uindicta* en toda regla. Por esta razón du Quesnay puede estar en lo cierto al sostener que Títiro, tras ser manumitido informalmente, y por tanto, disfrutando de una libertad muy precaria, viajó a Roma para obtener alguna clase de seguridad⁷, que creo no podría ser sino una segunda manumisión, ésta vez con arreglo al procedimiento de la *uindicta* ante Octavio que actuaría en virtud de sus poderes extraordinarios como triunviro⁸. El trasfondo de la escena lo constituyen las expropiaciones tras la victoria de Filipos, que afectarán a unos - a Melibeo, que perderá sus tierras en beneficio de algún rudo soldado -, pero no a otros - a Títiro, pues a él y a otros con él Octavio les ha confirmado en la posesión de sus tierras. Títiro, pues, como liberto y ahora ciudadano romano, dueño de sus predios, vive tranquilo y feliz en su Arcadia de pastores. Melibeo, en cambio, si bien parece ser igualmente ciudadano romano, tiene que abandonar sus posesiones y viajar lejos en busca de una nueva patria.

Naturalmente, a Virgilio no le interesan en absoluto los detalles jurídicos, de modo que el poema, por desgracia, deja muchos interrogantes abiertos. No se nos dice el motivo del distinto trato que reciben ambos pastores, por qué uno disfrutará de su hacienda mientras el otro la pierde. En realidad, pienso que la interpretación de

⁵ Cicerón *De oratore* 1.9.38. Sobre este punto véase mi artículo : Fear of Freedmen. Roman Republican Laws on Voting Procedure, *Fear of Slavery-Fear of Enslavement in the Ancient Mediterranean*, XXIX GIREA, A. Serghidou ed. Besançon, 2007 : 125-131.

⁶ Tal es la fecha tradicional. W. Clausen, *A Commentary on Virgil Eclogues*, Oxford 1994 : 32 n. 15 sostiene que la primera égloga es posterior a la derrota de Sexto Pompeyo en el 36 a.C.

⁷ I.M. Le M. du Quesnay, Virgil's First Eclogue, *Papers of the Liverpool Latin Seminar* 3, F. Cairns ed. 1981 : 29-182, especialmente : 115-120. No conocía yo este artículo cuando escribí el mío sobre los latinos junianos y por eso no discutí el caso de Títiro en mi : Junian Latins : Status and Numbers, *Athenaeum* 86 1 1998 : 133-163.

⁸ Se admite generalmente que el *iuuenis* del v. 42 no es otro que Octavio. Considero, con du Quesnay, errónea la interpretación que ve a Títiro como trasunto del propio Virgilio, formulada ya por Servio, en sus comentarios, y reiterada a menudo, a pesar de que Títiro es un anciano con barba blanca y Virgilio sólo contaba veintiocho años cuando empezó a escribir las *Églogas* (Serv. *Com. ad Buc.* l.28), que tardó otros tres en terminar (de ahí la fecha tradicional de composición, 42-40 a.C.).

du Quesnay, aunque seductora, no excluye otra alternativa, más simple, y quizás más verosímil, que nos lleva a una sucesión de acontecimientos como la siguiente: 1. Títiro, como esclavo, no puede abandonar el sitio en donde vive (vv. 40-41). 2. Títiro, al cabo de muchos años, reúne una cantidad de dinero suficiente y es manumitido por su dueño o dueña, que bien podría ser Amarilis, si tomamos literalmente los versos 30 y ss. 3. Títiro, ya como ciudadano romano, puede viajar a Roma - Amarilis, dueña y amante a la vez, llora su ausencia - a solicitar de Octavio que le permita continuar en la posesión de sus campos, cosa que obtiene. De acuerdo con esta interpretación, que considero preferible, Títiro nunca hubo de pasar realmente por el duro trance de verse disfrutando de esa libertad precaria de los que han sido manumitidos informalmente. Con todo, aunque mantengamos el juicio en suspenso en lo que se refiere a Títiro, sigue siendo verdad que una manumisión *minus iusta* realizada por el dueño en presencia de algunos amigos, de la que podía quedar constancia en alguna clase de documento, era algo que debía de ser lo más habitual.

La ley Junia vino a resolver el problema de los *morantes in libertate*, pero no les concedió la ciudadanía sino una condición inferior, la latinidad. La ley Elia Sencia dio un paso más que supuso un cambio radical. En efecto, la manumisión de los *morantes in libertate* no tenía validez civil alguna, como sabemos, y nunca lo había tenido, pero hasta la aprobación de la ley Elia Sencia, las manumisiones *iustae* habían conferido siempre la plena ciudadanía romana al esclavo, fuera cual fuese su edad. En adelante esto ya no será así porque con la ley Elia Sencia, el esclavo menor de treinta años se hace latino, no ciudadano romano. La latinidad juniana ha pasado, en pocos años, de ser el modo de solucionar el problema concreto de los *morantes in libertate*, a convertirse en el instrumento para quebrar la viejísima identidad entre libertad y ciudadanía romana y evitar de esta forma que muchos esclavos acaben siendo ciudadanos romanos. Más aún: la ley retiró al dueño la capacidad de otorgar la ciudadanía a sus esclavos menores de treinta años, pues en el futuro para alcanzarla tendrán que cumplir determinados objetivos legales (como tener un hijo en ciertos casos o bien tres hijos, en otros) o recibirla directamente del emperador. Tampoco podía el antiguo dueño dificultar o impedir que su latino juniano se hiciese ciudadano romano⁹. Al igual que sucede con el *ius Latii*, es decir, con el *ius adipiscendae ciuitatis Romanae per magistratum*, ahora los esclavos menores de treinta años sólo satisfaciendo ciertos requisitos que la ley o el emperador imponen pueden obtener la recompensa que tradicionalmente había estado en manos de los dueños conceder o negar.

Debemos dejar claro que la ley Elia Sencia hubo de tener consecuencias drásticas, algunas veces no reconocidas por los historiadores modernos. A partir del año 4 d.C., la mayor parte de los esclavos liberados ya no obtuvo la ciudadanía romana sino la latinidad juniana. Uno de los rasgos más evidentes de lo que se viene denominando la "generosidad romana", frente a la "avaricia griega", dejó, a partir de entonces, de ser cierto, desde el momento en que Augusto creó con esta ley una versión peculiar, latina, de los metecos griegos. Treinta años es una edad elevada, a la que seguramente no llegaban los dos tercios de los nacidos en esclavitud. Además, la tendencia de los dueños romanos consistía en manumitir, sobre todo, a los niños y a las mujeres, en mucha

⁹ Trajano intentó de alguna manera proteger los derechos patronales, que se veían muy perjudicados cuando el latino se hacía ciudadano romano; véase Gayo *Inst.* 3.72-73, con el senado consulto de Adriano, que hasta cierto punto, regresa a la situación anterior

mayor medida que a los varones adultos. Esta tendencia, como demostré en su momento, se aprecia asimismo en otras sociedades esclavistas y puede igualmente constatar en los registros de las manumisiones de Delfos. Además, de las edades que constan en los epitafios, se infiere la misma conclusión, pues como mostró G. Alföldy, la mayor parte de los libertos cuya edad figura en su epitafio murió con menos de treinta años. Los críticos que han señalado que la mayoría de los esclavos y de los libertos murió sin dejar rastro ni epitafio conmemorativo tienen razón cuando se trata de determinar la "tasa de manumisión", es decir, determinar si la manumisión era algo que los esclavos podían dar casi por descontada, como sostiene Alföldy; sin embargo, la crítica yerra cuando se refiere a la edad a la que se producían las manumisiones, fueran muchas o pocas: no tenemos ninguna razón para pensar que los libertos y esclavos más pobres, los que no dejaron memoria de sí mismos, fueran manumitidos a una edad más tardía que la minoría privilegiada que sí figura en las inscripciones conservadas. En este caso, la distorsión causada por unos datos inevitablemente sesgados parece irrelevante, porque no hay razón alguna para pensar que los manumitidos a una edad temprana optasen con mayor frecuencia que los demás por indicar su edad en la lápida sepulcral¹⁰.

La ley Elia Sencia, en suma, no limitó en modo alguno las manumisiones, sino que hizo disminuir bruscamente el número de los privilegiados que obtenían, como había sido la regla hasta entonces, la ciudadanía junto con la libertad. Aun reconociendo que no podemos ofrecer datos cuantitativos, sólo a título ilustrativo, diría que no creo que tales privilegiados superaran nunca el 40% del total de libertos durante los dos primeros siglos de nuestra era.

Dos son las interpretaciones posibles para explicar este brusco cambio. Por un lado se puede pensar que la ley intentaba preservar al cuerpo ciudadano de la contaminación de sangre servil. Las críticas contra un procedimiento, la manumisión, por el que muchos ciudadanos resultaban ser hijos o nietos de esclavos, pudieron hacer finalmente mella y llevar al ánimo del legislador la necesidad de acabar con esa situación. Suetonio nos dice que Augusto deseaba preservar al pueblo romano del contagio de la sangre extranjera o servil y añade que, en una ocasión, le concedió a un galo la inmunidad en lugar de la ciudadanía que solicitaba, afirmando que prefería perjudicar al fisco antes que hacer de la ciudadanía romana un honor banal (*Aug.* 40.3). De alguna forma, el edicto de El Bierzo ha venido a confirmar estas consideraciones de Suetonio, pues en ese edicto la recompensa por la fidelidad a Roma en momentos de grave peligro es la inmunidad fiscal, no la ciudadanía, una situación inversa a la que nos encontraremos en el siglo II d.C.¹¹ Según Suetonio, Augusto puso muchas trabas a los esclavos para alcanzar la libertad y más aún para alcanzar la libertad "justa", esto es, la ciudadanía romana, y dispuso que los esclavos que hubiesen sido torturados o que hubiesen llevado cadenas no pudieran obtener jamás la ciudadanía romana

¹⁰ Véase López Barja, *Iunian Latins...* Los datos de Alföldy, están en: *Die Freilassung von Sklaven und die Struktur der Sklaverei in der römischen Kaiserzeit*, *RSA* 2 1972: 97-129. A los críticos se ha sumado en fecha más reciente H. Mouritsen, pero sin nuevos argumentos, *Roman Freedmen and the Urban Economy: Pompeii in the First Century AD, Pompei tra Sorrento e Sarno. Atti del terzo e quarto ciclo di conferenze*, F. Senatore ed., Roma 2001: 1-27, esp. 20. Su afirmación de que la manumisión informal no garantizaba la libertad para la segunda generación no es correcta: los hijos de un latino juniano nacían libres si su madre también lo era.

¹¹ Sobre el edicto, véase J. Sánchez Palencia, J. Mangas eds., *El edicto de El Bierzo. Augusto y el Noroeste de Hispania*, Ponferrada 2000. Para la situación en el siglo II, véase la tabla de Banasa (A.N. Sherwin-White, *The tabula of Banasa and the Constitutio Antoniniana*, *JRS* 63 1973: 86-98).

(Suet. *Aug.* 40.4). En este caso, el de los esclavos que habían mostrado una actitud desafiante o rebelde, el testimonio del biógrafo se ve confirmado por el de las fuentes jurídicas. Por éstas sabemos que, en efecto, la ley Elia Sencia ordenó que los esclavos que hubiesen sido castigados por su mal comportamiento si eran liberados, no recibiesen ninguna clase de ciudadanía sino que se los incluyese "en el grupo de los dediticios" (Gayo *Inst.* 1.13-15). Su mal comportamiento y su peligrosidad justificaban la dureza de la medida. Además, se les prohibía permanecer en la ciudad de Roma y en el radio de mil pasos alrededor de ella (Gayo *Inst.* 1.27). Pocos años antes, en el 7 a.C., Dionisio de Halicarnaso, en su *Historia antigua de Roma* (4.24) discutía el problema de las manumisiones en Roma. Defendía al rey Servio Tulio por haber introducido la costumbre de recompensar a los libertos con la ciudadanía romana, pero añadía que esta costumbre se había corrompido con el tiempo hasta el punto de que quienes entonces, cuando él escribe, obtienen la libertad no son los esclavos más frugales, trabajadores y honestos, sino los más criminales y tramposos. Por esta razón, dice, la mayoría de la gente se irrita y quiere abolir por completo la vieja práctica de unir la ciudadanía a la libertad, pero él se muestra partidario, más bien, de una reforma, que es la siguiente (en la traducción de Almudena Alonso y C. Seco, BCG) :

"Me parece que lo más adecuado sería que los censores se ocuparan de este cometido ; si no, que, al menos, lo hagan los cónsules (pues hace falta una magistratura fuerte), quienes investigarían a los que cada año se convierten en hombres libres, examinando quiénes son y por qué y cómo han sido liberados, del mismo modo que examinan las vidas de los que pertenecen al orden ecuestre y senatorial. Después, a los que encontraran dignos de la ciudadanía los inscribirían en tribus y les permitirían permanecer en la ciudad ; en cambio, expulsarían de ella a la gente impura y corrupta, dando a esta expulsión el nombre eufemístico de colonia." (4.24.8)

Once años separan, al menos, estas palabras de Dionisio de Halicarnaso de la ley Elia Sencia y lo cierto es que no hay una correspondencia exacta entre unas y otra. La ley castiga a los esclavos de mala conducta expulsándolos, en efecto, de la ciudadanía - son los que dice Gayo que estarán, si obtienen la libertad, *in dediticiorum numero* -, pero no lo hace enviándolos a una colonia. Este procedimiento lo reserva para los latinos junianos, quienes, sin embargo, no han merecido su condición por haber cometido crimen alguno, sino tan sólo debido a su edad o a la forma en que han sido manumitidos. La propuesta, si así podemos denominarla, de Dionisio de Halicarnaso fue, pues, acogida sólo en parte, y sustancialmente endurecida por el legislador, pero las reflexiones del historiador griego dejan traslucir el debate y las discusiones que seguramente había entonces en Roma en torno a la necesidad que veían algunos de limitar el continuo acceso de esclavos manumitidos a la ciudadanía romana.

La barrera que se levantó entonces no fue, sin embargo, infranqueable. Había un modo aparentemente simple, abierto a los latinos, de hacerse ciudadano, el procedimiento de la *aniculi probatio*, introducido por la ley Elia Sencia. En pocas palabras, el latino juniano que se casara ante testigos, si tenía un hijo, cuando éste cumpliera un año de edad, se presentaba ante el pretor o el gobernador de la provincia y obtenía la ciudadanía romana para él mismo, su mujer y su hijo. Esto significa que la obtención de la ciudadanía romana ya no tendría lugar, como antaño, en el mismo momento de la manumisión, sino que se difería ahora hasta un momento posterior imponiendo al latino una obligación suplementaria : casarse y aportar un hijo, nacido libre, sin el

estigma de la esclavitud. A mi juicio, el legislador quiere tenerlo todo ; por decirlo de un modo castizo, quiere estar en la procesión y repicando, esto es, pretende mantener el aporte demográfico que suponían las manumisiones y que habían reconocido en particular los griegos, desde Filipo V (en la célebre carta a la ciudad de Larisa en Tesalia) hasta Dionisio de Halicarnaso, pero al mismo tiempo quiere frenar la entrada de sangre servil en el cuerpo ciudadano. Podemos sospechar que Augusto, el autor de las leyes Julias, veía con buenos ojos recompensar a los libertos que, por así decirlo, hubiesen fundado una familia.

La segunda interpretación, que contribuye a explicar la ley Elia Sencia, es más pragmática. Augusto intentaba evitar a toda costa el incremento de la *plebs frumentaria*. Las manumisiones constituían un peligro evidente porque los dueños acostumbraban a liberar a sus esclavos precisamente con el fin de que pudieran ser incluidos en la nómina de los beneficios del reparto de trigo. Al excluirlos de la ciudadanía, el legislador les privaba también de la posibilidad de ser incluidos en la *plebs frumentaria*. Esta interpretación la defendí en un artículo hace algunos años, por lo que no me voy a detener ahora en ella, pero me sigue pareciendo válida¹².

Tiene la ventaja de que no es incompatible con la anterior. De este modo, las leyes augusteas estarían motivadas, por una parte, por los prejuicios contra la sangre servil y extranjera y por otro, por la necesidad urgente de mantener bajo control el número de los que recibían trigo con cargo al erario público. En último lugar, pero no el menos importante, se incrementan los beneficios patronales, porque todos los bienes pasarán del juniano al patrono "como por derecho de peculio" dice Gayo. Por eso Justiniano dijo de ellos, con acierto, que vivían como libres, pero morían como esclavos (*Codex* 7.6.1.1b). La eficacia de esta medida dependía del número de junianos que logró obtener la ciudadanía romana antes de morir, pero aunque es una conjetura, probablemente hubo muchos que no lo consiguieron. De este modo, Augusto mejoró los derechos patronales del modo predilecto para los romanos, es decir, la vía testamentaria, pues, en efecto, no parece que en Roma se pusiera mucho interés o empeño en emplear a los libertos como intermediarios comerciales ; lo que se esperaba era poder beneficiarse de sus bienes cuando falleciese. No por casualidad, la ley Papia en el año 9 d.C. incrementó asimismo las reclamaciones patronales contra la herencia de sus libertos, ciudadanos romanos, cuando el patrimonio de éstos superarse los cien mil sestercios.

Todo esto se hace recurriendo a la latinidad colonial. En este punto Gayo es muy claro : "en virtud de la ley Junia, todos aquellos cuya libertad protegía el pretor comenzaron a ser libres y a denominarse latinos junianos : latinos porque la ley quiso que fueran libres y como si fuesen aquellos ciudadanos romanos ingenuos que, procedentes de la ciudad de Roma e inscritos en colonias latinas, se convertían en latinos colonarios ; y junianos porque se hacen libres por la ley Junia, aunque no sean ciudadanos romanos" (3.56). La ley Junia estableció, como hemos visto, toda una serie de normas encaminadas a prohibir que los junianos pudieran legar sus bienes de modo que éstos pasaran íntegros a su patrono. Aparte de esta cuestión concreta, la ley quiso que su condición fuera enteramente equiparable a la de los latinos colonarios, es decir, los envió nominalmente a una colonia como lo reclamaba Dionisio de Halicarnaso, y además, a mi juicio, les dotó de una ciudadanía, la latina. Michel Humbert ha defendido, por el contrario, la idea de

¹² López Barja, *Iunian Latins...*, cit.

que los Junianos eran simples apátridas, carecían de ciudadanía¹³. Humbert se apoya en un argumento que no es concluyente, porque, en efecto, los Junianos no tienen *patria potestas*, pero la razón es simple : a ojos de Gayo sólo los ciudadanos romanos la tienen y carecen de ella, incluso, los habitantes de un municipio con *ius Latii* (*Inst.* 1.95 : no voy a entrar ahora en la comparación entre ese texto gayano y la ley salpensana-irnitana). Eso no convierte en apátridas a todos cuantos no sean ciudadanos romanos.

No había *conubium* entre los latinos (coloniarios) y los ciudadanos romanos y, consecuentemente, también los junianos carecían de él. Tenemos una curiosa confirmación de este extremo en un texto bastante raro y difícil de interpretar. Se trata de un pasaje de las *Sententiae Hadriani*, que se integran dentro de los llamados *Hermeneumata*, que recogen un material muy variado como un diccionario, escenas dramatizadas de la vida diaria, fábulas de Esopo, el tratado sobre las manumisiones conocido como el pseudo-Dositeo o un epítome de la Iliada. Nada sabemos de las circunstancias que le dieron origen. Dionisotti sostiene que estos *Hermeneumata* fueron redactados en Oriente a lo largo de un dilatado periodo de tiempo y luego llevados a Occidente, donde se tradujeron al latín¹⁴. Traducido, el pasaje en cuestión de las *Sententiae Hadriani*, viene a decir lo siguiente :

Diciendo uno que el *congiarium* de su hijo se lo había robado alguien, y añadiendo que el hijo era suyo y que le pertenecía a él el *congiarium*, la mujer respondió que él era latino, que sólo había firmado las tablillas, sin celebrar la boda, y que por tanto no tenía razón en lo que decía ; Adriano dijo, puesto que no es hijo tuyo, su *congiarium* le fue quitado por quien decía ser su padre. Adriano ordenó que el niño compareciese ante él y le preguntó con quién vivía ; Adriano le dijo al hombre : "¡ miserable !, devuelve el *congiarium* ajeno."¹⁵

El relato es torpe e intrincado, pero podemos conjeturar una reconstrucción jurídicamente verosímil de lo sucedido. El peticionario, un latino, había celebrado esponsales con la mujer, que era ciudadana romana, puesto que su hijo, ciudadano romano de nacimiento, sí tenía derecho al *congiarium*. Sin embargo, la boda no llegó a celebrarse¹⁶, de modo que el latino no pudo beneficiarse de la *anniculi probatio* y el niño, en términos jurídicos, no era hijo suyo. Esto indica, a mi modo de ver, que se trata muy probablemente de un juniano, porque el matrimonio, en efecto, hubiera hecho que el niño pasase a estar bajo su potestad. En el momento del pleito, el niño ya tiene cierta edad porque Adriano puede interrogarle. Aparentemente, el niño (y su madre) vivían con un segundo hombre que es quien, haciéndose pasar por padre de aquél, se había apropiado del *congiarium*, que ahora, por orden del emperador, ha de devolver a su legítimo dueño (el niño, cabe suponer).

¹³ M. Humbert, Le droit latin impérial : cités latines ou citoyenneté latine ?, *Ktéma* 6 1981 : 207-226.

¹⁴ A.C. Dionisotti, From Ausonius' Schooldays ? A Schoolbook and its Relatives, *JRS* 72 1982 : 83-125.

¹⁵ El texto es bilingüe (latín-griego), pero copio aquí tan sólo la parte latina (Goetz CGL vol. III : 35) : "Dicente quodam congiarium sui filii ablatum esse a nescio quo et dicente filium suum esse et ad se pertinere congiarium, respondit mulier latinum se fuisse et tabulas solum conscripsisse nuptias autem non fuisse, non potenti ergo de quo agebatur. Adrianus dixit, cum ergo non erit filius tuus congiarium eius a nescio quo auferri qui se dicebat patrem eius esse. Adrianus iussit apud se puerum et interrogavit apud quem moraretur. Adrianus homini : improbissime, redde alienum congiarium.

¹⁶ Sobre la diferencia entre *tabulae* (esponsales) y *nuptiae* (matrimonio), véase Gell. 4.4 y Apul. *Met.* 4.26.

De un texto semejante se puede esperar cualquier cosa menos claridad, pero al menos es congruente con lo que sabemos sobre los latinos junianos : que carecían de *conubium* con los ciudadanos romanos y por tanto, que los hijos de tales matrimonios no eran legítimos, considerados a la luz del *ius ciuile*, ni estaban bajo la potestad de sus padres.

Ahora bien, afirmar, como hago yo, que los Junianos eran ciudadanos latinos presupone la existencia de una ciudadanía latina, algo que nos introduce en terreno sumamente espinoso. Los munícipes latinos disfrutaban de su condición de tales en la medida en que su *origo* los vinculaba a un determinado municipio latino, y así debemos, en efecto, entender la referencia de la ley malacitana (cap. 53) a un *ciuis Latinus*. Lo que sucede es que los junianos también pertenecían a una determinada ciudad, no era la suya una ciudadanía abstracta, sino que su *origo* venía determinada por la de su manumisor (*Frag. Vatic.* 193 y 221).

Fijémonos por un instante en los capítulos de la ley municipal relativos a la manumisión de esclavos. Uno trata sobre la libertad de los esclavos privados (*Salpensana* 28) y otro sobre la de los esclavos públicos del municipio (*Irnitana* 72). En ambos casos, el esclavo manumitido se convierte en latino y (al menos en el caso de los públicos) munícipe del municipio en cuestión. Su latinidad, ciertamente, no es juniana, porque la ley Junia, según nos informan los fragmentos denominados de Dositeo (12), no se aplica a los peregrinos - es muy significativo que el capítulo 28 no incluye ninguna referencia al límite de los treinta años. De este modo nos vemos obligados a admitir que hay unos libertos latinos, los de los municipios, y otros libertos latinos, los junianos.

Hay, pues, una única condición latina en el Imperio, la de los munícipes o colonos latinos, y sustancialmente coincidente con ella, la latinidad juniana, con las particularidades que le son propias y que se refieren sólo a su incapacidad testamentaria. Creo que es necesario rechazar fantasmas constitucionales como la municipalización virtual o los *oppida latina* pues en esta cuestión, la demostración de E. García Fernández resulta convincente¹⁷. Tampoco pretendo regresar a planteamientos como la latinidad personal. La latinidad, en el imperio, era, en efecto, una consecuencia de la municipalización, una consecuencia directa de la transformación de una ciudad en *municipium*, salvo en el caso de los junianos, que sí la obtenían a título personal, igual, que les sucedía, insisto, a los esclavos en los municipios latinos.

En conclusión, la ley Elia Sencia nace de los prejuicios y de los cálculos interesados de un emperador, Augusto, dispuesto a admitir a los hijos de libertos en la ciudadanía, pero no a los propios esclavos, a los inmigrantes de primera generación que diríamos hoy. Sería bueno que nuestras sociedades actuales fueran capaces siquiera del egoísmo que mostró la romana, siempre dispuesta a utilizar los aportes demográficos procedentes de la esclavitud. Senadores que eran nietos de esclavos, libertos junianos con un patrimonio más que considerable, todo esto no provocó más reacciones que la de alguna sátira moralizante y un debate en el senado, en tiempos de Nerón, que no acabó en nada.

¹⁷ *El municipio latino. Origen y desarrollo constitucional*. Madrid 2001, Anejos de *Gerión*.